

ANOCHÉ SE PRESENTÓ EN EL VICTORIA LA COMPAÑÍA GASCO-GRANADA, CON EL ESTRENO DE LA COMEDIA "EL CAFÉ DE LAS FLORES" DE RUIZ IRIARTE

Ello es que había un café de barrio para enamorados; y en el café, una terraza; y en la terraza—de noche, en verano, a la intemperie—, seis desolados saturninos que padecen de una misma epidemia: el desamparo, la soledad.

Por diferentes razones, ya amorosas, ya familiares, ya pecuniarías, todos parecen desencantados de la vida. Todos se sienten igualmente "solos en el mundo". Reducidos "a la más amarga y triste de las soledades". Todos han venido, por azar, a relatarse, cobijados por la luna, su lance y su cuita. No tienen hogar ni ilusiones. Hay un pintor abstracto que es bohemio; hay una vendedora de tabaco y cerillas que es huérfana; hay una empleada de tienda de modas que ha sido abandonada por el novio; hay un taxista sentimental y generoso que ha perdido a su mujer; hay un galopin maleante que no conoce la voluptuosidad del lecho propio. Hay, en fin, una bella dama, bella y adinerada, que, en su hotel lujoso, siente asimismo la orfandad del solitario, porque se le ha fugado el cónyuge amado.

Me placía el arranque de la nueva comedia de Víctor Ruiz Iriarte. Me recordaba su farsa "El puente de los suicidas", y la de Casona, "La sirena varada". Presentaría que el autor, hombre ingenioso, fér-



Tina Gascó, Casaravilla y Ruiz Iriarte

til en recursos imaginativos, buen dialoguista, propenso a la exudación humorística y al regate lírico; presentaría una atmósfera jugosa, aunque fantástica, colmada de tipos humanos, aunque descariados y lunáticos. Veía venir el sainete y la farsa, entreverados. Y a fe que lo celebraba, porque uno también acude a los estrenos con el ánimo abierto a la esperanza. Pero poco a poco me fui desilusionando. El diálogo, como los personajes, era demasiado cándido; el sentimentalismo, demasiado teatral; la trama, el enlace, el desenvolvimiento de la intriga, demasiado contrahechos y tópicos, es decir, imitativos, no ya de la realidad que da vida al teatro, sino del teatro que vive de la adulteración literaria de la realidad.

Siempre exige uno de los escritores dramáticos que dejen un pie en la realidad, según la frase famosa de Goethe, y que las pasiones y sentimientos tengan, por lo menos, una vislumbre de autenticidad. Jardiel no lo olvidó en toda su vida de gran "fantaisiste" de nuestro teatro cómico; esa es su grandeza. Pero, ¿qué ha pretendido Ruiz Iriarte dilatando las situaciones primeras de su nueva comedia? Supuesto que no hay allí caracteres sintéticos ni conatos de análisis de sentimientos, y dando por cierto que la emoción de la soledad no logra atezarse en momento alguno, inferimos que la tramoya del café, y la terraza, y la noche veraniega, y el desfile de solitarios no apunta a otro fin que el de hacernos pasar un rato amable. Y si, con todo, lo hubiera conseguido, nadie le regatearía albricias. Pero es que no lo ha conseguido. Y ello por una razón: porque las situaciones dramáticas son inconsistentes y carecen de médula y de originalidad. Todo el juego de la comedia reside en un "quid pro quo". La dama solitaria que aparece en la terraza del acto primero ha sido abandonada, como hemos dicho, por su esposo, a quien ama. El esposo es el novio de la empleada de la tienda de modas de Serrano; eterno tráfuga. Y cuando el esposo retorna al hogar donde la dama ha recogido a los cinco solitarios del café, se descubre en seguida que él es ese novio, el novio de la desencantada Marta; marido pródigo que vuelve a los brazos de su mujer y se encuentra también con los de la novia. En Francia, hubiera venido el "vaudeville". En el Reina Victoria, se queda en comedia rosa. No existen motivos suficientes para dar crédito al autor ni a sus personajes. No está justificado, ni por psicología ni por sentimentalismo, la prolongación del "quid pro quo". De ahí, el desencanto.

Resaltemos, entre los intérpretes, a Tina Gascó, a Carlos Casaravilla y a Juan Cortés. Se aplaudió mucho el primer acto, menos el segundo, y poco el tercero. El autor salió al escenario a la conclusión de los tres.—Luis CALVO.